LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA



PLATÓN

Critón

Traducción de Patricio de Azcárate

LECTURA COMPLETA · Nº 03

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA · LECTURA COMPLETA

PLATÓN

Critón

Traducción de Patricio de Azcárate

Critón, de Platón. Traducción de Patricio de Azcárate (Obras completas de Platón, tomo I. Madrid: Medina y Navarro, 1871). Texto de dominio público.

Transcripción de Wikisource, publicada bajo licencia CC BY-SA 4.0. Esta edición, con su división en capítulos, títulos y resúmenes, se publica bajo la misma licencia. Portada: Jacques-Louis David, «La muerte de Sócrates» (1787), Metropolitan Museum of Art. Dominio público, vía Wikimedia Commons.

Edición de La Biblioteca Filosófica. Léela también online, con marcapáginas, en labibliotecafilosofica.com/leer/criton-platon/.

Sobre esta obra

Critón visita a Sócrates en la cárcel al amanecer, pocos días antes de la ejecución. Ha sobornado al carcelero y tiene todo listo para la fuga: hay dinero, amigos dispuestos a acogerle en Tesalia y, dice, la gente pensará que sus amigos no quisieron salvarle.

Se respeta la ortografía de la edición original, por eso verás «á» como preposición o «ménos» con tilde.

Índice

1. Argumento
2. Parte 1
3. Parte 2

01

Argumento

Resumen de la obra que acompaña a la edición de 1871.

Sócrates, que en la Apología sólo pudo mantenerse filósofo á condicion de divorciarse de la constitucion religiosa de Atenas, se rehace y convierte en este diálogo, por una especie de compensacion, en un ciudadano inflexible en la obediencia á las leyes de la república. Someterse á las leyes es una obligacion absoluta; es el deber. Tal es el objeto de este diálogo.

Los amigos de Sócrates, despues de haber ganado al alcaide de la cárcel donde esperaba el dia de su muerte, le enviaron uno de ellos, Criton, para que le suplicara encarecidamente que salvara su vida por la fuga.

Todas las razones que puede inspirar una ardiente amistad para ahogar los escrúpulos de un alma recta, Criton las hizo valer con la más afectuosa insistencia. Pero la tierna solicitud que resalta en su lenguaje, disfraza, sin atenuarla, la debilidad de los motivos de que se inspira comunmente, en circunstancias críticas, la acomodaticia probidad del vulgo. Así lo entendió Sócrates. A les lamentos de Criton, en razon del deshonor y desesperacion que amagaban á sus amigos, la suerte que estaba reservada á sus hijos condenados á la orfandad, él opuso esta inevitable alternativa: ¿la fuga es justa ó injusta? Porque es preciso resolverse en todos los casos, no por razones de amistad, de interés, de opinion; sino por razones de justicia.

Pero la justicia le prohibe fugarse, porque seria desobedecer las leyes, acto injusto en sí mismo, ejemplo funesto al buen órden público, ingratitud, en fin, para con estas leyes que han presidido como madres y nodrizas á su nacimiento, á su juventud y á su educacion. Existe un compromiso tácito entre el ciudadano y las leyes; éstas, protegiéndole, tienen derecho á su respeto. Nadie ignora este pacto; ninguno puede sustraerse á él; ninguno se libra, violándole, de los remordimientos de su conciencia, cualquiera que sea el rodeo que haya tomado para engañarse á sí mismo.

Tal es la inflexible doctrina, por la que Sócrates, destruyendo piedra por piedra el frágil edificio de la moral de Criton, que es la moral del pueblo, prefiere á su salud el cumplimiento rigoroso de su deber. ¿Podria ser de otra manera? ¡Qué contradiccion resultaria si el mismo hombre que ántes, en la plaza pública, á presencia de sus jueces, se habia regocijado de su muerte como del mayor bien que podia sucederle, hubiera renegado, fugándose, de ese valor y de esas sublimes esperanzas del dia de su proceso! Sócrates, el más sabio de los hombres, se convertiria en un cobarde y mal ciudadano. Criton mismo se vió reducido al silencio por la firme razon de su maestro, quien le despide con estas admirables palabras: «Sigamos el camino que Dios nos ha trazado. Dios es el deber mismo, porque es su orígen: realizar su deber es inspirarse en Dios.»

02

Parte 1

Empieza: «¿Cómo vienes tan temprano, Criton? ¿No es aún muy de madrugada?»

Interlocutores: SÓCRATES.—CRITON.

SÓCRATES. ¿Cómo vienes tan temprano, Criton? ¿No es aún muy de madrugada?

CRITON. Es cierto.

SÓCRATES. ¿Qué hora puede ser?

CRITON. Acaba de romper el dia.

SÓCRATES. Extraño que el alcaide te haya dejado entrar.

CRITON. Es hombre con quien llevo alguna relacion; me ha visto aquí muchas veces, y me debe algunas atenciones.

SÓCRATES. ¿Acabas de llegar, ó hace tiempo que has venido?

CRITON. Ya hace algun tiempo.

SÓCRATES. ¿Por qué has estado sentado cerca de mí sin decirme nada, en lugar de despertarme en el acto que llegaste?

CRITON. ¡Por Júpiter! Sócrates, ya me hubiera guardado de hacerlo. Yo, en tu lugar, temeria que me despertaran, porque seria desper-

tar el sentimiento de mi infortunio. En el largo rato que estoy aquí, me he admirado verte dormir con un sueño tan tranquilo, y no he querido despertarte, con intencion, para que gozaras de tan bellos momentos. En verdad, Sócrates, desde que te conozco he estado encantado de tu carácter, pero jamás tanto como en la presente desgracia, que soportas con tanta dulzura y tranquilidad.

SÓCRATES. Sería cosa poco racional, Criton, que un hombre, á mi edad, temiese la muerte.

CRITON. ¡Ah! ¡cuántos se ven todos los dias del mismo tiempo que tú y en igual desgracia, á quienes la edad no impide lamentarse de su suerte!

SÓCRATES. Es cierto, pero en fin, ¿por qué has venido tan temprano?

CRITON. Para darte cuenta una nueva terrible, que, por poca influencia que sobre tí tenga, yo la temo; porque llenará de dolor á tus parientes, á tus amigos; es la nueva más triste y más aflictiva para mí.

SÓCRATES. ¿Cuál es? ¿Ha llegado de Delos el buque cuya vuelta ha de marcar el momento de mi muerte?

CRITON. No, pero llegará sin duda hoy, segun lo que refieren los que vienen de Sunio[], donde le han dejado; y siendo así, no puede ménos de llegar hoy aquí, y mañana, Sócrates, tendrás que dejar de existir.

CRITON. ¿De dónde sacas esa conjetura?

SÓCRATES. Voy á decírtelo: yo no debo morir hasta el dia siguiente de la vuelta de ese buque.

CRITON. Por lo menos es eso lo que dicen aquellos de quienes depende la ejecucion.

SÓCRATES. El buque no llegará hoy, slno mañana, como lo deduzco de un sueño que he tenido esta noche, no hace un momento; y es una fortuna, á mi parecer, que no me hayas despertado.

CRITON. ¿Cuál es ese sueño?

SÓCRATES. Me ha parecido ver cerca de mí una mujer hermosa y bien formada, vestida de blanco, que me llamaba y me decia: Sócrates:

Dentro de tres dias estarás en la fértil Phtîa.

CRITON. ¡Extraño sueño, Sócrates!

SÓCRATES. Es muy significativo, Criton.

CRITON. Demasiado sin duda, pero por esta vez, Sócrates, sigue mis consejos, sálvate. Porque en cuanto á mí si mueres, además de verme privado para siempre de tí, de un amigo de cuya pérdida nadie podrá consolarme, témome que muchas gentes, que no nos conocen bien ni á tí ni á mí, crean que pudiendo salvarte á costa de mis bienes de fortuna, te he abandonado. ¿Y hay cosa más indigna que adquirir la reputacion de querer más su dinero que sus amigos? Porque el pueblo jamás podrá persuadirse de que eres tú el que no has querido salir de aquí cuando yo te he estrechado á hacerlo.

SÓCRATES. Pero, mi querido Criton, ¿debemos hacer tanto aprecio de la opinion del pueblo? ¿No basta que las personas más racionales, las únicas que debemos tener en cuenta, sepan de qué manera han pasado las cosas?

CRITON. Yo veo sin embargo que es muy necesario no desprecian opinion del pueblo, y tu ejemplo nos hace ver claramente que es muy capaz de ocasionar desde los más pequeños hasta los más grandes males á los que una vez han caido en su desgracia.

SÓCRATES. Ojalá, Criton, el pueblo fuese capaz de cometer los mayores males, porque de esta manera seria tambien capaz de hacer los más grandes bienes. Esto seria una gran fortuna, pero no puede ni lo uno ni lo otro; porque no depende de él hacer á los hombres sabios ó insensatos. El pueblo juzga y obra á la aventura.

CRITON. Lo creo; pero respóndeme, Sócrates ¿El no querer fugarte nace del temor que puedas tener de que no falte un delator que me denuncie á mí y á tus demás amigos, acusándonos de haberte sustraido, y que por este hecho nos veamos obligados á abandonar nuestros bienes ó pagar crecidas multas ó sufrir penas mayores? Si éste es el temor, Sócrates, destiérrale de tu alma. ¿No es justo que por salvarte nos expongamos á todos estos peligros y áun mayores, si es necesario? Repito, mi querido Sócrates, no resistas; toma partido que te aconsejo.

SÓCRATES. Es cierto, Criton, tengo esos temores y áun muchos más.

CRITON. Tranquilízate, pues, porque en primer lugar la suma, que se pide por sacarte de aquí, no es de gran consideracion. Por otra parte, sabes la situacion mísera que rodea á los que podrian acusarnos y el poco sacrificio que habria de hacerse para cerrarles la boca; y mis bienes, que son tuyos, son harto suficientes. Si tienes alguna dificultad en aceptar mi ofrecimiento, hay aquí un buen número de extranjeros dispuestos á suministrar lo necesario; sólo

Sunmias de Tébas ha presentado la suma suficiente; Cebes está en posicion de hacer lo mismo y áun hay muchos más.

Tales temores, por consiguiente, no deben ahogar en tí el deseo de salvarte, y en cuanto á lo que decias uno de estos dias delante de los jueces, de que si hubieras salido desterrado, no hubieras sabido dónde fijar tu residencia, esta idea no debe detenerte. A cualquier parte del mundo á donde tú vayas, serás siempre querido. Si quieres ir á Thesalia, tengo allí amigos que te obsequiarán como tú mereces, y que te pondrán á cubierto de toda molestia. Además, Sócrates, cometes una accion injusta entregándote tú mismo, cuando puedes salvarte, y trabajando en que se realice en ti lo que tus enemigos más desean en su ardor por perderte. Faltas tambien á tus hijos, porque los abandonas, cuando hay un medio de que puedas alimentarlos y educarlos. ¡Qué horrible suerte espera á estos infelices huérfanos! Es preciso ó no tener hijos ó exponerse á todos los cuidados y penalidades que exige su educacion. Me parece en verdad, que has tomado el partido del más indolente de los hombres, cuando deberias tomar el de un hombre de corazon; tú, sobre todo, que haces profesion de no haber seguido en toda tu vida otro camino que el de la virtud. Te confieso, Sócrates, que me da vergüenza por tí y por nosotros tus amigos, que se crea que todo lo que está sucediendo se ha debido á nuestra cobardía. Se nos acriminará, en primer lugar, por tu comparecencia ante el tribunal, cuando pudo evitarse; luégo por el curso de tu proceso; y en fin, como término de este lastimoso drama, por haberte abandonado por temor ó por cobardía, puesto que no te hemos salvado; y se dirá tambien, que tú mismo no te has salvado por culpa nuestra, cuando podias hacerlo con sólo que nosotros te hubiéramos prestado un pequeño auxilio. Piénsalo bien, mi querido Sócrates; con la

desgracia que te va á suceder tendrás tambien una parte en el baldon que va á caer sobre todos nosotros. Consúltate á tí mismo, pero ya no es tiempo de consultas; es preciso tomar un partido, y no hay que escoger; es preciso aprovechar la noche próxima. Todos mis planes se desgracian, si aguardamos un momento más. Créeme, Sócrates, y haz lo que te digo.

SÓCRATES. Mi querido Criton, tu solicitud es muy laudable, si es que concuerda con la justicia; pero por lo contrario, si se aleja de ella, cuanto más grande es, se hace más reprensible. Es preciso examinar, ante todo, si deberemos hacer lo que tú dices ó si no deberemos; porque no es de ahora, ya lo sabes, la costumbre que tengo de sólo ceder por razones que me parezcan justas, despues de haberlas examinado detenidamente. Aunque la fortuna me sea adversa, no puedo abandonar las máximas de que siempre he hecho profesion; ellas me parecen siempre las mismas, y como las mismas las estimo igualmente. Si no me das razones más fuertes, debes persuadirte de que yo no cederé, aunque todo el poder del pueblo se armase contra mí, y para aterrarme como á un niño, me amenazase con sufrimientos más duros que los que me rodean, cadenas, la miseria, la muerte. Pero ¿cómo se verifica este exámen de una manera conveniente? Recordando nuestras antiguas conversaciones, á saber: de si ha habido razon para decir que hay ciertas opiniones que debemos respetar y otras que debemos despreciar. ¿O es que esto se pudo decir ántes de ser yo condenado á muerte, y ahora de repente hemos descubierto, que si se dijo entónces, fué como una conversacion al aire, no siendo en el fondo más que una necedad ó un juego de niños? Deseo, pues, examinar aquí contigo en mi nueva situacion, si este principio me parece distinto ó si le encuentro siempre el mismo, para abandonarle ó seguirle.

Es cierto, si yo no me engaño, que aquí hemos dicho muchas veces, y creiamos hablar con formalidad, que entre las opiniones de los hombres las hay que son dignas de la más alta estimacion y otras que no merecen ninguna. Criton, en nombre de los dioses, ¿te parece esto bien dicho? Porque, segun todas las apariencias humanas, tú no estás en peligro de morir mañana, y el temor de un peligro presente no te hará variar en tus juicios; piénsalo, pues, bien. ¿No encuentras que con razon hemos sentado, que no es preciso estimar todas las opiniones de los hombres sino tan sólo algunas, y no de todos los hombres indistintamente, sino tan sólo de algunos? ¿Qué dices á esto? ¿No te parece verdadero?

CRITON. Mucho.

SÓCRATES. ¿En este concepto, no es preciso estimar sólo las opiniones buenas y desechar las malas?

CRITON. Sin duda.

SÓCRATES. Las opiniones buenas no son las de los sabios, y las malas las de los necios?

CRITON. No puede ser de otra manera.

SÓCRATES. Vamos á sentar nuestro principio. ¿Un hombre que se ejercita en la gimnasia podrá ser alabado ó reprendido por un cualquiera que llegue, ó sólo por el que sea médico ó maestro de gimnasia?

CRITON. Por este sólo sin duda.

SÓCRATES. ¿Debe temer la reprension y estimar las alabanzas de éste solo y despreciar lo que le digan los demás?

CRITON. Sin duda.

SÓCRATES. Por esta razon ¿debe ejercitarse, comer, beber, segun le prescriba este maestro y no dejarse dirigir por el capricho de todos los demás?

CRITON. Eso es incontestable.

SÓCRATES. He aquí sentado el principio. ¿Pero si desobedeciendo á este maestro y despreciando sus atenciones y alabanzas, se deja seducir por las caricias y alabanzas del pueblo y de los ignorantes, no le resultará mal?

CRITON. ¿Cómo no le ha de resultar?

SÓCRATES. ¿Pero este mal de qué naturaleza será? ¿á qué conducirá? ¿y qué parte de este hombre afectará?

CRITON. A su cuerpo, sin duda, que infaliblemente arruinará.

SÓCRATES. Muy bien, hé aquí sentado este principio; ¿pero no sucede lo mismo en todas las demás cosas? Porque sobre lo justo y lo injusto, lo honesto y lo inhonesto, lo bueno y lo malo, que eran en este momento la materia de nuestra discusion, nos atendremos más bien á la opinion del pueblo que á la de un solo hombre, si se encuentra uno muy experto y muy hábil, por el que sólo debamos tener más respeto y más deferencia que por el resto de los hombres? ¿Y si no nos conformamos al juicio de este único hombre, no es cierto que arruinaremos enteramente lo que no vive ni adquiere nuevas fuerzas en nosotros sino por la justicia, y que no perece sino por la injusticia? ¿O es preciso creer que todo eso es una farsa?

CRITON. Soy de tu dictámen, Sócrates.

SÓCRATES. Estame atento, yo te lo suplico; si adoptando la opinion de los ignorantes, destruimos en nosotros lo que sólo se conserva por un régimen sano y se corrompe por un mal régimen, ¿podremos vivir con esta parte de nosotros mismos así corrompida? Ahora tratamos sólo de nuestro cuerpo; ¿no es verdad?

CRITON. De nuestro cuerpo sin duda.

SÓCRATES. ¿Y se puede vivir con un cuerpo destruido ó corrompido?

CRITON. No, seguramente.

SÓCRATES. ¿Y podremos vivir despues de corrompida esta otra parte de nosotros mismos, que no tiene salud en nosotros, sino por la justicia, y que la injusticia destruye? ¿O creemos ménos noble que el cuerpo esta parte. cualquiera que ella sea, donde residen la justicia y la injusticia?

CRITON. Nada de eso.

SÓCRATES. ¿No es más preciosa?

CRITON. Mucho más.

SÓCRATES. Nosotros, mi querido Criton, no debemos curarnos de lo que diga el pueblo, sino sólo de lo que dirá aquel que conoce lo justo y lo injusto, y este juez único es la verdad. Ves por esto, que sentaste malos principios, cuando dijiste al principio que debiamos hacer caso de la opinion del pueblo sobre lo justo, lo bueno, lo honesto y sus contrarias. Quizá me dirás: pero el pueblo tiene el poder de hacernos morir.

CRITON. Seguramente que se dirá.

SÓCRATES. Así es, pero, mi querido Criton, esto no podrá variar la naturaleza de lo que acabamos de decir. Y si no respóndeme: ¿no es un principio sentado, que el hombre no debe desear tanto el vivir como el vivir bien?

CRITON. Estoy de acuerdo.

SÓCRATES. ¿No admites igualmente, que vivir bien no es otra cosa que vivir como lo reclaman la probidad y la justicia?

CRITON. Si.

SÓCRATES. Conforme á lo que acabas de concederme, es preciso examinar ante todo, si hay justicia ó injusticia en salir de aquí sin el permiso de los atenienses; porque si esto es justo, es preciso ensayarlo; y si es injusto es preciso abandonar el proyecto. Porque con respecto á todas esas consideraciones, que me has alegado, de dinero, de reputacion, de familia ¿qué otra cosa son que consideraciones de ese vil populacho, que hace morir sin razon, y que sin razon quisiera despues hacer revivir, si le fuera posible? Pero respecto á nosotros, conforme á nuestro principio, todo lo que tenemos que considerar es, si haremos una cosa justa dando dinero y contrayendo obligaciones con los que nos han de sacar de aquí, ó bien si ellos y nosotros no cometeremos en esto injusticia; porque si la cometemos, no hay más que razonar; es preciso morir aquí ó sufrir cuantos males vengan ántes que obrar injustamente.

CRITON. Tienes razon, Sócrates, veamos cómo hemos de obrar.

SÓCRATES. Veámoslo juntos, amigo mio; y si tienes alguna objecion que hacerme cuando yo hable, házmela, para ver si puedo someterme, y en otro caso cesa, te lo suplico, de estrecharme á salir de aquí contra la voluntad de los atenienses. Yo quedaria complacidí-

simo de que me persuadieras á hacerlo, pero yo necesito convicciones. Mira pues, si te satisface la manera con que voy á comenzar este exámen, y procura responder á mis preguntas lo más sinceramente que te sea posible.

CRITON. Lo haré.

SÓCRATES. ¿Es cierto que jamás se pueden cometer injusticias? ¿O es permitido cometerlas en unas ocasiones y en otras nó? ¿O bien, es absolutamente cierto que la injusticia jamás es permitida, como muchas veces hemos convenido y ahora mismo acabamos de convenir? ¿Y todos estos juicios, con los que estamos acuerdo, se han desvanecido en tan pocos dias? ¿Seria posible, Criton, que, en nuestros años, las conversaciones más sérias se hayan hecho semejantes á las de los niños, sin que nos hayamos apercibido de ello? ¿O más bien es preciso atenernos estrictamente á lo que hemos dicho: que toda injusticia es vergonzosa y funesta al que la comete, digan lo que quieran los hombres, y sea bien ó sea mal el que resulte?

0 3

Parte 2

Empieza: «¿Es preciso no cometer injusticia de ninguna manera?»

SÓCRATES. ¿Es preciso no cometer injusticia de ninguna manera?

CRITON. Sí, sin duda.

SÓCRATES. ¿Entonces es preciso no hacer injusticia á los mismos que nos la hacen, aunque el vulgo crea que esto es permitido, puesto que convienes en que en ningun caso puede tener lugar la injusticia?

CRITON. Así me lo parece.

SÓCRATES. ¡Pero qué! ¿es permitido hacer mal á alguno ó nó lo es?

CRITON. Nó, sin duda, Sócrates.

SÓCRATES. ¿Pero es justo volver el mal por el mal, como lo quiere el pueblo, ó es injusto?

CRITON. Muy injusto.

SÓCRATES. ¿Es cierto que no hay diferencia entre hacer el mal y ser injusto?

CRITON. Lo confieso.

SÓCRATES. Es preciso, por consiguiente, no hacer jamás injusticia, ni volver el mal por el mal, cualquiera que haya sido el que haya-

mos recibido. Pero ten presente, Criton, que confesando esto, acaso hables contra tu propio juicio, porque sé muy bien que hay pocas personas que lo admitan, y siempre sucederá lo mismo. Desde el momento en que están discordes sobre este punto, es imposible entenderse sobre lo demás, la diferencia de opiniones conduce necesariamente á un desprecio recíproco. Reflexiona bien, y mira, si realmente estás de acuerdo conmigo, y si podemos discutir, partiendo de este principio: que en ninguna circunstancia es permitido ser injusto, ni volver injusticia por injusticia, mal por mal; ó si piensas de otra manera, provoca como de nuevo la discusion. Con respecto á mí, pienso hoy como pensaba en otro tiempo. Si tú has mudado de parecer, dilo, y exponme los motivos; pero si permaneces fiel á tus primeras opiniones, escucha lo que te voy á decir.

CRITON. Permanezco fiel y pienso como tú; habla, ya te escucho.

SÓCRATES. Prosigo pues, ó más bien te pregunto: ¿un hombre que ha prometido una cosa justa, debe cumplirla ó faltar á ella?

CRITON. Debe cumplirla.

SÓCRATES. Conforme á esto, considera, si saliendo de aquí sin el consentimiento de los atenienses haremos mal á alguno y á los mismos que no lo merecen. ¿Respetaremos ó eludiremos el justo compromiso que hemos contraido?

CRITON. No puedo responder á lo que me preguntas, Sócrates, porque no te entiendo.

SÓCRATES. Veamos si de esta manera lo entiendes mejor. En el momento de la huida, ó si te agrada más, de nuestra salida, si la ley y la república misma se presentasen delante de nosotros y nos dijesen:

Sócrates, ¿qué vas á hacer? ¿la accion que preparas no tiende å trastornar, en cuanto de tí depende, á nosotros y al Estado entero? Porque ¿qué Estado puede subsistir, si los fallos dados no tienen ninguna fuerza y son eludidos por los particulares? ¿Qué podriamos responder, Criton, á este cargo y otros semejantes que se nos podian dirigir? Porque ¿qué no diria, especialmente un orador, sobre esta infraccion de la ley, que ordena que los fallos dados sean cumplidos y ejecutados? ¿Responderemos nosotros, que la República nos ha hecho injusticia y que no ha juzgado bien? ¿Es esto lo que responderiamos?

CRITON. Sí, sin duda, se lo diriamos.

SÓCRATES. «¡Qué! dirá la ley ateniense, Sócrates, no habiamos convenido en que tú te someterias al juicio de la república?» Y si nos manifestáramos como sorprendidos de este lenguaje, ella nos diria quizá: «no te sorprendas, Sócrates, y respóndeme, puesto que tienes costumbre de proceder por preguntas y respuestas. Dime, pues, ¿qué motivo de queja tienes tú contra la república y contra mí cuando tantos esfuerzos haces para destruirme? ¿No soy yo á la que debes la vida? ¿No tomó bajo mis auspicios tu padre por esposa á la que te ha dado á luz? ¿Qué encuentras de reprensible en estas leyes que hemos establecido sobre el matrimonio?» Yo le responderé sin dudar: nada. «¿Y las que miran al sostenimiento y educacion de los hijos, á cuya sombra tú has sido educado, no te parecen justas en el hecho de haber ordenado á tu padre que te educara en todos los ejercicios del espíritu y del cuerpo?» Exactamente, diria yo. «Y siendo esto así, puesto que has nacido y has sido mantenido y educado gracias á mí, ¿te atreverás á sostener que no eres hijo y servidor nuestro lo mismo que tus padres? Y sí así es, ¿piensas tener derechos iguales á la ley misma, y que te sea permitido

devolver sufrimientos por sufrimientos, por los que yo pudiera hacerte pasar? ¿Este derecho, que jamás podrian tener contra un padre ó contra una madre, de devolver mal por mal, injuria por injuria, golpe por golpe, ¿crees tú tenerlo contra tu patria y contra la ley? Y si tratáramos de perderte, creyendo que era justo, ¿querrias adelantarte y perder las leyes y tu patria? ¿Llamarias esto justicia, tú que haces profesion de no separarte del camino de la virtud. Tu sabiduría te impide ignorar que la patria es digna de más respeto y más veneracion delante de los dioses y de los hombres, que un padre, una madre y que todos los parientes juntos? Es preciso respetar la patria en su cólera, tener con ella la sumision y miramientos que se tienen á un padre, atraerla por la persuasion ú obedecer sus órdenes, sufrir sin murmurar todo lo que quiera que se sufra, áun cuando sea verse azotado ó cargado de cadenas, y que si nos envia á la guerra para ser allí heridos ó muertos, es preciso marchar allá; porque allí está el deber, y no es permitido ni retroceder, ni echar pié atrás, ni abandonar el puesto; y que lo mismo en los campos de batalla, que ante los tribunales, que en todas las situaciones, es preciso obedecer lo que quiere la república, ó emplear para con ella los medios de persuasion que la ley concede; y, en fin, que si es una impiedad hacer violencia á un padre ó á una madre, es mucho mayor hacerla á la patria?» ¿Qué responderemos á esto, Criton? ¿Reconoceremos que la ley dice verdad?

CRITON. Así me parece.

SÓCRATES. «Ya ves, Sócrates, continuaria la ley, que si tengo razon, eso que intentas contra mí es injusto. Yo te he hecho nacer, te he alimentado, te he educado; en fin, te he hecho, como á los demás ciudadanos, todo el bien de que he sido capaz. Sin embargo, no me canso de decir públicamente que es permitido á cada uno en parti-

cular, despues de haber examinado las leyes y las costumbres de la república, si no está satisfecho, retirarse á donde guste con todos sus bienes; y si hay alguno que no pudiendo acomodarse á nuestros usos, quiere irse á una colonia ó á cualquiera otro punto, no hay uno entre vosotros que se oponga á ello y puede libremente marcharse á donde le acomode. Pero tambien los que permanecen, despues de haber considerado detenidamente de qué manera ejercemos la justicia y qué policía hacemos observar en la república, yo les digo que están obligados á hacer todo lo que les mandemos, y si desobedecen, yo los declaro injustos por tres infracciones: porque no obedecen á quien les ha hecho nacer; porque, desprecian á quien los ha alimentado; porque, estando obligados á obedecerme, violan la fe jurada, y no se toman el trabajo de convencerme si se les obliga á alguna cosa injusta; y bien que no haga más que proponer sencillamente las cosas sin usar de violencia para hacerme obedecer, y que les de la eleccion entre obedecer ó convencernos de injusticia, ellos no hacen ni lo uno ni lo otro. Hé aquí, Sócrates, la acusacion de que te harás acreedor si ejecutas tu designio, y tú serás mucho más culpable que cualquiera otro ciudadano.» Y si yo le pidiese la razon, la ley me cerraria sin duda la boca diciéndome, que yo estoy más que todos los demás ciudadanos sometido á todas estaş condiciones. «Yo tengo, me diria, grandes pruebas de que la ley y la república han sido de tu agrado, porque no hubieras permanecido en la ciudad como los demás atenienses, si la estancia en ella no te hubiera sido más satisfactoria que en todas las demás ciudades. Jamás ha habido espectáculo que te haya obligado á salir de esta ciudad, salvo una vez cuando fuiste á Corinto para ver los juegos[]; jamás has salido que no sea á expediciones militares; jamás emprendiste viajes, como es costumbre entre los ciudadanos; jamás has tenido la curiosidad de visitar otras ciudades, ni de co-

nocer otras leyes; tan apasionado has sido por esta ciudad, y tan decidido á vivir segun nuestras máximas, que aquí has tenido hijos, testimonio patente de que vivias complacido en ella. En fin, durante tu proceso podias condenarte á destierro, si hubieras querido, y hacer entónces, con asentimiento de la república, lo que intentas hacer ahora á pesar suyo. Tú que te alababas de ver venir la muerte con indiferencia, y que pretendias preferirla al destierro, ahora, sin miramiento á estas magníficas palabras, sin respeto á las leyes, puesto que quieres abatirlas, haces lo que haria el más vil esclavo, tratando de salvarte contra las condiciones del tratado que te obliga á vivir segun nuestras reglas. Respóndenos, pues, como buen ciudadano; ¿no decimos la verdad, cuando sostenemos que tú estás sometido á este tratado, no con palabras, sino de hecho y á todas sus condiciones?» ¿Qué diriamos á esto? ¿Y qué partido podriamos tomar más que confesarlo?

CRITON. Seria preciso hacerlo, Sócrates.

SÓCRATES. La ley continuaria diciendo: «¿Y qué adelantarias, Sócrates, con violar este tratado y todas sus condiciones? No has contraido esta obligacion ni por la fuerza, ni por la sorpresa, ni tampoco te ha faltado tiempo para pensarlo. Setenta años han pasado, durante los cuales has podido retirarte, si no estabas satisfecho de mí, y si las condiciones que te proponia no te parecian justas. Tú no has preferido ni á Lacedemonia, ni á Creta, cuyas leyes han sido constantemente un objeto de alabanza en tu boca, ni tampoco has dado esta preferencia á ninguna de las otras ciudades de Grecia ó de los países extranjeros. Tú, como los cojos, los ciegos y todos los estropeados, jamás has salido de la ciudad, lo que es una prueba invencible de que te ha complacido vivir en ella más que á ningun otro ateniense; y bajo nuestra influencia, por consiguiente, porque

sin leyes ¿qué ciudad puede ser aceptable? ¡Y ahora te rebelas y no quieres ser fiel á este pacto! Pero si me crees, Sócrates, tú le respetarás, y no te expondrás á la risa pública, saliendo de Atenas; porque reflexiona un poco, te lo suplico. ¿Qué bien resultará á tí y á tus amigos, si persistís en la idea de traspasar mis órdenes? Tus amigos quedarán infaliblemente expuestos al peligro de ser desterrados de su patria ó de perder sus bienes, y res pecto á tí, si te retiras á alguna ciudad vecina, á Tebas ó Megara, como son ciudades muy bien gobernadas, serás mirado allí como un enemigo; porque todos los que tienen amor por su patria te mirarán con desconfianza como un corruptor de las leyes. Les confirmarás igualmente en la justicia del fallo que recayó contra tí, porque todo corruptor de las leyes pasará fácilmente y siempre por corruptor de la juventud y del pueblo ignorante. ¿Evitarás todo roce en esas ciudades cultas y en esas sociedades compuestas de hombres justos? Pero entónces, ¿qué placer puedes tener en vivir? ¿O tendrás valor para aproximarte á ellos, y decirles, como haces aquí, que la virtud, la justicia, las leyes y las costumbres deben estar por cima de todo y ser objeto del culto y de la veneracion de los hombres? ¿Y no conoces que esto seria altamente vergonzoso? No puedes negarlo, Sócrates. Tendrias necesidad de salir inmediatamente de esas ciudades cultas, é irias á Tesalia á casa de los amigos de Criton, á Tesalia donde reina más el libertinaje que el órden[], y en donde te oirian sin duda con singular placer referir el disfraz con que habias salido de la prision, vestido de harapos ó cubierto con una piel, ó, en fin, disfrazado de cualquier manera como acostumbran á hacer todos los fugitivos. ¿Pero no se encontrará uno que diga: hé aquí un anciano, que no pudiendo ya alargar su existencia naturalmente, tan ciego está por el ánsia de vivir, que no ha dudado, por conservar la vida, echar por tierra las leyes más santas? Quizá no lo oirás, si no ofen-

des á nadie; pero al menor motivo de queja te dirian estas y otras mil cosas indignas de tí; vivirás esclavo y víctima de todos los demás hombres, porque ¿qué remedio te queda? Estarás en Tesalia entregado á perpétuos festines, como si sólo te hubiera atraido allí un generoso hospedaje. Pero entónces ¿á dónde han ido á parar tus magníficos discursos sobre la justicia y sobre la virtud? ¿Quieres de esta manera conservarte quizá para dar sustento y educacion á tus hijos? ¡Qué! ¿será en Tesalia donde los has de educar? ¿Creerás hacerles un bien convirtiéndolos en extranjeros y alejándolos de su patria? ¿O bien no quieres llevarlos contigo, y crees que, ausente tú de Atenas, serán mejor educados viviendo tú? Sin duda tus amigos tendrán cuidado de ellos. Pero este cuidado que tus amigos tomarán en tu ausencia, ¿no lo tomarán igualmente despues de tu muerte? Persuadete de que los que se dicen tus amigos te prestarán los mismos servicios, si es cierto que puedes contar con ellos. En fin, Sócrates, ríndete á mis razones, sigue los consejos de la que te ha dado el sustento, y no te fijes ni en tus hijos, ni en tu vida, ni en ninguna otra cosa, sea la que sea, más que en la justicia, y cuando vayas al infierno, tendrás conque defenderte delante de los jueces. Porque desengañate, si haces lo que has resuelto, si faltas á las leyes, no harás tu causa ni la de ninguno de los tuyos ni mejor, ni más justa, ni más santa, sea durante tu vida, sea despues de tu muerte. Pero si mueres, morirás víctima de la injusticia, no de las leyes, sino de los hombres; en lugar de que si sales de aquí vergonzosamente, volviendo injusticia por injusticia, mal por mal, faltarás al pacto que te liga á mí, dañarás á una porcion de gentes que no debian esperar esto de tí; tę dañarás á tí mismo, á mí, á tus amigos, á tu patria. Yo seré tu enemigo mientras vivas, y cuando hayas muerto, nuestras hermanas las leyes que rigen en los infiernos no te recibirán indudablemente con mucho favor, sabiendo que has

hecho todos los esfuerzos posibles para arruinarme. No sigasa, pues, los consejos de Criton y sí los mios.»

Me parece, mi querido Criton, oir estos acentos, como los inspirados por Cibeles creen oir las flautas sagradas. El sonido de estas palabras resuena en mi alma, y me hacen insensible á cualquiera otro discurso, y has de saber que, por lo ménos en mi disposicion presente, cuanto puedas decirme en contra será inútil. Sin embargo, si crees convencerme, habla.

CRITON. Sócrates, nada tengo que decir.

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

Sigue leyendo

Encontrarás el análisis de la obra, otras lecturas de Platón y más libros completos gratis en labibliotecafilosofica.com.

Biblioteca de libros gratis ↗
Una ruta para empezar en filosofía ↗